

JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

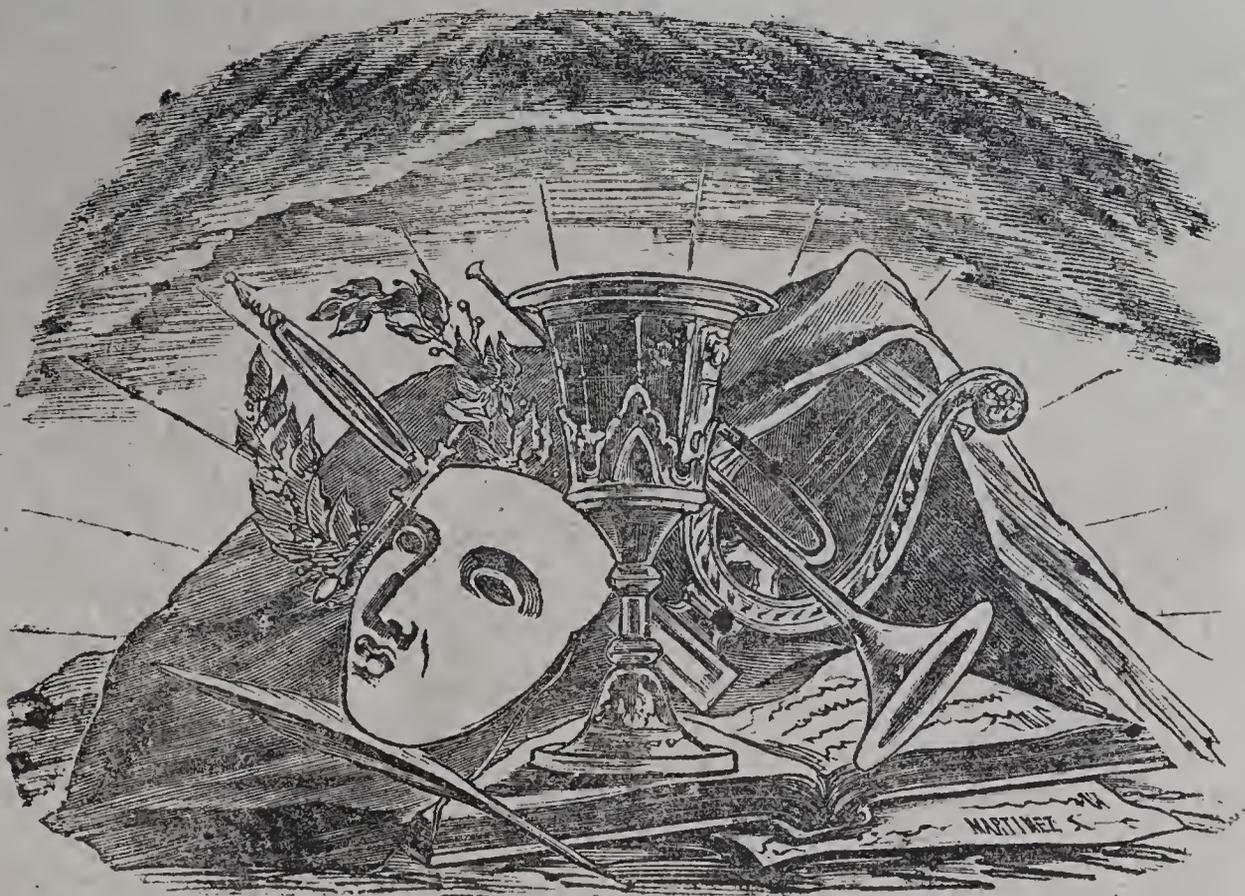
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

TEATRO PRINCIPAL.

EL SUBTERRANEO DEL CASTILLO, NEGRO.

Drama en cinco actos.

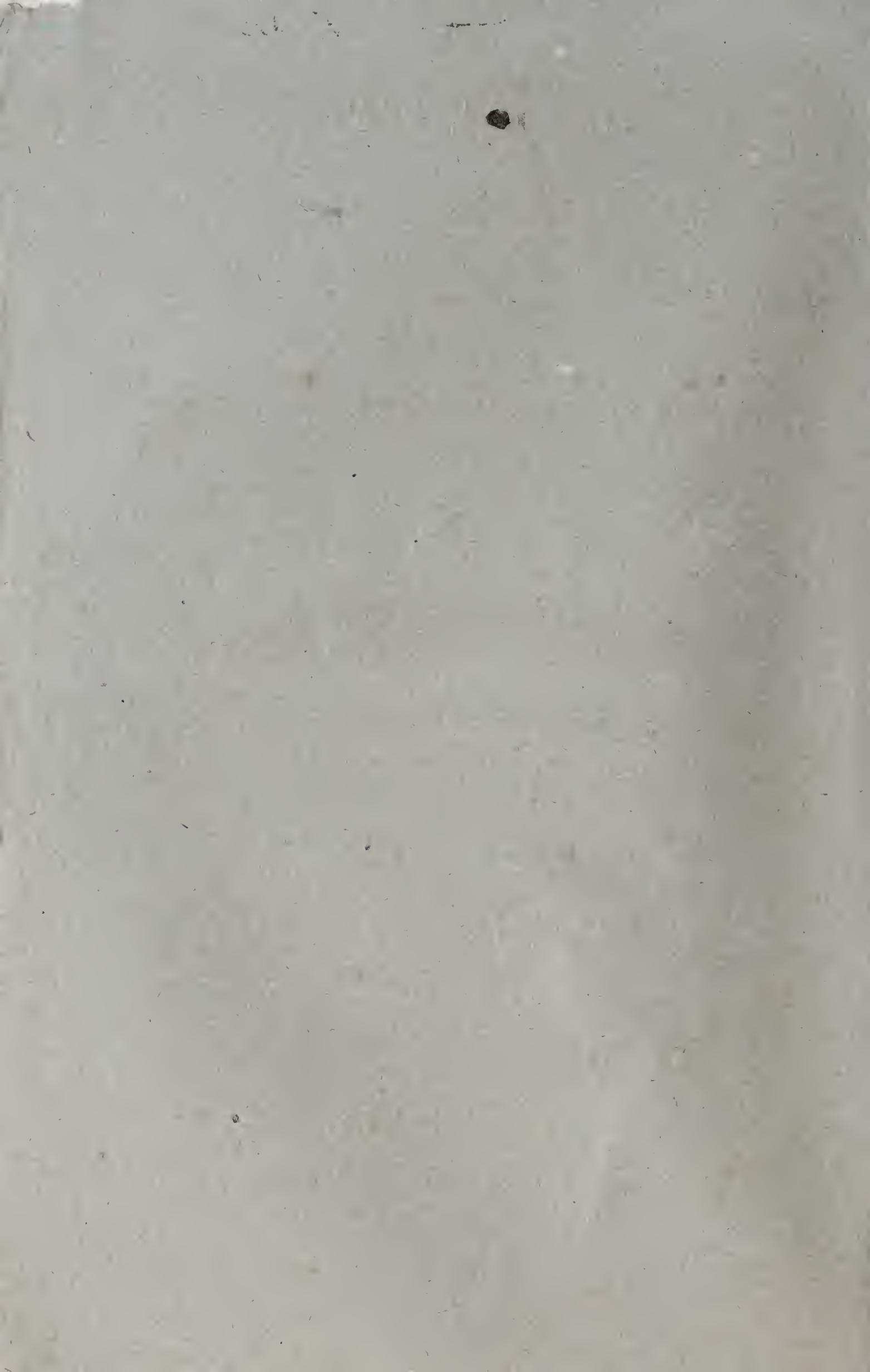
Núm. 46.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, núm. 29.

1850.



EL SUBTERRANEO DEL CASTILLO NEGRO,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

dedicado al primer actor y director D. Pedro Montaña,

en prueba de cariño y deferencia, por su hijo político

Joaquín García Parreño.

Personajes.

ELISA.
La marquesa CRESFONTE.
FELICIA.
BERTA.
VITELLI, conde de Rífredi.
ALFREDO.
ALFONSO DE SAN GERMAN.
El conde JUSTINIANI.

JUAN.
SPALLAZZI, alcaide del castillo.
MATEO, jefe de bandidos.
FIDELIO, compañero del anterior.
Un CRIADO del conde Vitelli.
OTRO de la Marquesa.
DOS BANDIDOS.
ALDEANOS.

La acción se supone por los años de 1800, la escena pasa parte en Florencia y parte en el castillo de Lastra, conocido por el vulgo por el Castillo Negro.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en el palacio del conde Vitelli, sillas, mesas y candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, entrando con MATEO.

JUAN. Pasa adelante, ave de mal agüero.

MATEO. Estúpido!

JUAN. No lo serás; pero siempre tus visitas á esta casa son portadoras de malas nuevas.

MATEO. Qué quieres decir?

JUAN. Nada.

MATEO. Si yo no te conociese...

JUAN. Nos conocemos.... Si vienes en busca del señor Conde no tendrás mucho que esperar, porque no debe tardar en volver de casa de la señora Marquesa de Cresfonti.

MATEO. Ahora que hablas de la Marquesa, es cierto lo que se dice, que tu amo va á casarse con su hija, la hermosa Marquesita?

JUAN. Así se asegura.

MATEO. Pobre jóven!

JUAN. Porqué la compadeces? La trees des-

graciada porque el señor Conde tiene mas edad que ella?

MATEO. Tú que hace tantos años que sirves en la casa, debes conocer bien á fondo á tu amo. En fin, quiera Dios que sea mas feliz que su primera esposa...

JUAN. Silencio! El amo! Retírate y espera á que yo te llame.

MATEO. Bien, como quieras; me retiro; pero no olvides que es tarde y que tengo que volver á mi casa de campo.

JUAN. Sí, entiendo: á pasar revista á tus vasallos.

MATEO. (Dirigiéndole una mirada.) Luego no querrás que te llame estúpido.

(Juan conduce á Mateo por la segunda puerta izquierda y vuelve salir permaneciendo un poco retirado.)

2571175

ESCENA II.

VITELLI Y JUAN.

VITELLI. (*Entra pensativo, se pasea y habla consigo mismo sin reparar en Juan.*) Viejo infame é insoportable que abusa de mi situacion con su finjada amistad! insensato! hacerme blanco de sus burlas iusultantes, y lo que es aun mas cruel, en presencia de la Marquesa y de Felicia.

JUAN. (*Ap.*) (De quien hablará?)

VITELLI. Con qué placer mezclado de sarcasmo me decia: «Sí, señor Conde, alegraos, hoy tal vez debe llegar vuestro hijo» y hasta puso delante de mis ojos las pruebas de su existencia.

JUAN. (*Adelantándose.*) Cómo, señor! vuestro hijo vive?

VITELLI. Sí, vive.... Hace poco que el conde Justiniani, delante de la Marquesa y de su hija, me ha dado esta noticia, enseñándome una carta de Alfredo dirigida á él, en la que le previene su regreso, y el desco de sorprenderme con su presencia.

JUAN. Pobre señorito! despues de tantos años! cuando todos, y aun vos mismo le creis teis muerto en aquella batalla; pero ahora vuestro próximo enlace se retardará...

VITELLI. Ese enlace se efectuará aun cuando el infierno mismo se oponga. Felicia será mia, lo juro, mia ó de nadie. En cuanto al regreso de Alfredo, pensaré sobre él el partido que debo tomar.

JUAN. No cabe duda, que su presencia puede hacer una revolucion en los negocios de vuestra familia, tanto mas, si viene con el objeto de reclamar y disponer de la herencia de su madre.

VITELLI. Ah! si fuese cierto, mi ruina era inevitable.

JUAN. Un señor como vos, en vuestra posicion, quedar reducido á depender de su hijo!..

VITELLI. Antes la muerte.... jamas podré soportar tanta humillacion: á toda costa quiero evitarlo y lo evitaré.

JUAN. A propósito de novedades, se me habia olvidado decir que Mateo desea hablaros, y está esperando vuestro permiso; Mateo, aquel cuyas visitas son siempre de noche.

VITELLI. Mateo aquí! y qué quiere á estas horas?

JUAN. No lo ha dicho; quereis que le haga entrar?

VITELLI. Qué será!... que pase.

JUAN. (*Se dirige á la puerta en que hizo retirar á Mateo.*) Mateo..... adelante; el señor Conde lo permite.

ESCENA III.

MATEO Y DICHOS.

VITELLI. Qué ocurre? qué motivo te ha traído á estas horas?

MATEO. El objeto que aquí me conduce, es un asunto, que ó no os pertenece, y si os pertenece, debe interesaros mucho y muy de cerca.

VITELLI. Pues bien, si crees que el negocio que te trae aquí me pertenece, habla, explícate.

MATEO. Enhorabuena; hagamos las cosas por su orden; sería mejor que estuviésemos solos...

VITELLI. Casi no tengo secretos para él, y siendo cosa que tú sabes, no puede ser un secreto.

MATEO. Sois injusto conmigo, yo os he prestado servicios importantes, y sabéis que he guardado siempre silencio.

VITELLI. Tambien has sido pagado puntualmente.

MATEO. Asi es; pero eso no es una razon para...

VITELLI. (*Al decir basta hace una seña á Juan para que se retire.*) Basta... —Acabemos; si tu venida tiene por objeto el hacerme algun nuevo servicio no dudes que sabré recompensarte.

MATEO. Está bien;... Habeis tenido alguna vez algun negocio secreto con un tal Fidelio?

VITELLI. Fidelio!... porqué?

MATEO. No le mandasteis que diese muerte á una niña que apenas tendria dos años?

VITELLI. (*Confuso.*) Qué dices?... ¿Quién ha podido... como has sabido?

MATEO. He sabido que aquella niña se libró de la muerte.

VITELLI. Cómo! Maria existe?... ah! dime, donde está? habla.

MATEO. Eso no puedo decíroslo por ahora.

VITELLI. Acaba de una vez con tus misterios.

MATEO. En este instante no puedo.

VITELLI. Pues bien, qué quieres? pide, á qué precio quieres venderme tu secreto? Te

bastan cien ducados? son tuyos; pero habla.

MATEO. Cien ducados? la oferta es buena; pero...

VITELLI. Doblaré, triplicaré esa suma; pero indicame al momento el sitio en que se halla... Un traidor la ha sustraído á mi venganza: ella me pertenece, sí, ella es mi víctima.

MATEO. Despues de quince años vivirá aun vuestro rencor contra aquella infeliz?

VITELLI. En donde está?

MATEO. Os he dicho ya que no lo sabia; pero podeis entretanto darme á cuenta los cien ducados, sinó por la revelacion que ahora me es imposible hacer al ménos para comprar mi silencio que debe valuarse en algo.

VITELLI. Por tu silencio, miserable? Tu dices que Maria existe y no puedes probarlo? confiesas que ignoras el sitio donde pueda hallarse y quieres cobrar por el secreto de lo que no sabes?

MATEO. Y si ese secreto queratis deseais saber os le descubriese mañana, qué hariais?

VITELLI. Preséntame á Maria, que yo la vea, y quinientos ducados serán el premio de tu servicio.

MATEO. Acepto la palabra; mañana lo sabréis todo. Adios, señor Conde.

VITELLI. (*Amenazándole.*) Ay de tí si has mentido!

MATEO. (*Con calma.*) Descansad, no perderé los quinientos ducados. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VITELLI Y JUAN.

JUAN. Ya se marchó, ahora, señor, quereis retiraros á descansar?

VITELLI. Descansar!

JUAN. Advertid, señor, que es muy tarde, y que...

VITELLI. El descanso no es para mí; hay seres cuyo sino fatal sigue en derredor suyo todos los pasos y todos los momentos de su vida, y yo soy un ejemplo de esa terrible verdad.

JUAN. Ah! señor; no ofendais al cielo con esas palabras; porqué quejaros así, cuando la fortuna, los honores, todo ha halagado siempre vuestra existencia?

VITELLI. Cuán mal conoces á los hombres! como te alucina el nombre de aquello que la sociedad llama placeres!

JUAN. Sin embargo, señor, desde que os conozco, qué pocos serán los deseos que no hayais podido satisfacer!

VITELLI. Tú lo crees? pues óyeme y juzgarás. Si hubiese nacido en una clase oscura, con la mitad de mi fortuna me hubiera encontrado feliz; la ambicion ha sido siempre el tormento de mi vida, y mi orgullo mi eterna desesperacion: yo amaba con delirio y olvidaba con fria indiferencia, y ay de la muger que no correspondiese á mi amor! Una víctima existe todavía del desprecio que en otro tiempo me mostró, y su ofensa está impresa en mi mente nutriendo siempre mi venganza. A esto llamas felicidad?

JUAN. De quién hablais, señor?

VITELLI. En aquel tiempo no estabas á mi servicio, y ese objeto del odio mio, vive hace quince años léjos de mí, no la conoces?

JUAN. Vive aun esa desgraciada?

VITELLI. Sí, para maldecirme.

JUAN. (Yo tiemblo!) Señor... si yo me atreviese á preguntaros.... perdonad mi curiosidad....

VITELLI. Escúchame... Fué en Bolonia: una sola vez se presentó ante mis ojos una belleza angelical, y sentí por ella la mas ardiente pasion, jurando desde aquel momento no descansar hasta alcanzar su amor. Supe con despecho que aquella jóven estaba casada con un caballero Parmesano, quien debia partir dentro de pocos dias de aquella ciudad, acompañado de la jóven esposa y de su hija que apenas contaba dos años; saber que partia y concebir el plan de robar á mi rival aquel tesoro fué obra del instante. Gané con dinero á un criado, el cual quedó encargado de avisarme el dia de su marcha y convenido en designarme el punto por donde debian pasar los viajeros para que yo saliese á su encuentro acompañado de algunos criados enmascarados y capitaneados por Fidelio... este era el nombre del criado...

JUAN. Fidelio!...

VITELLI. Caí de improviso con mis gentes sobre los pocos que acompañaban al caballero, los dispersé; y Eduardo Ranucci, este era el nombre de mi rival, cayó atravesado á mis piés. Me apoderé de la madre y de la hija, y á pesar de sus lastimeros gritos, las hice conducir á mi castillo de Lastra en mi condado de Rifredi, llamado vulgarmente el Castillo Negro, como punto mas á propósito para mis

designios, y las dejé bajo la guardia de Fidelio, hombre de valor y de toda mi confianza.

JUAN. Y tal vez se encuentra todavía Fidelio...

VITELLI. No :— á poco tiempo murió mi esposa la marquesa de Altizzini viéndome vivo y permitiéndome mi nuevo estado ofrecer á Elisa un corazón libre, corrí loco de amor, á implorar el perdón de un delito, efecto solo del ímpetu de mi pasión; pero aquella orgullosa mujer, no pudiendo disimular su furor y el odio que le inspiraba mi presencia, me recibió tan altanera, y fueron tales los ultrajes que me prodigó, que, poseído de un vértigo terrible, convirtiéndose mi amor en el más implacable deseo de venganza; y juré que si nó aecía á mis deseos, vería perecer en su presencia á su propia hija. Sí, tal fué la bárbara idea que asaltó mi mente, y... lo creerás? despreció de nuevo mis palabras.... no puedes comprender cual fué entonces el transporte de mi rabia al ver una resistencia tan tenaz, tan desnaturalizada; en medio de mi delirio mandé dar la muerte á la hija de aquella empedernida muger que nada hacia para salvarla; entregué á Fidelio aquel funesto fruto de un amor que no era mio, para inmolarse á mis celos y al ódio que me inspiraba su madre... Al día siguiente, aquel hombre de cuya fidelidad no tenía motivo de dudar, me presentó los vestidos de Maria manchados en sangre, diciéndome que habia arrojado el cadáver en el Arno, cuyo rio corre á poca distancia del castillo.

JUAN. Gran Dios! Pero y la madre?

VITELLI. Desprecié sus amenazas y partí lejos de ella; la llama que me abrasó se habia estinguido.

JUAN. Mas.... si cualquier imprevisto acci-

dente revelara al mundo ese suceso....

VITELLI. Esos son mis temores. Hace poco no viste á Mateo, no le oíste hablar de Maria? pues esa Maria es aquella á quien yo mandé dar muerte y que se ha salvado por descuido ó traicion de Fidelio.

JUAN. Y Fidelio?

VITELLI. Desapareció del castillo, y me ha sido posible saber de él.

JUAN. Y si aun viviese?... si viese á Maria?... si la reconociese?...

VITELLI. Todo lo meditaré y sabré prevenirme: no me dejaré sorprender por Mateo, y el oro me descubrirá su asilo.

JUAN. Y si la encontráis qué pensais hacer? ¿persistiriais?...

VITELLI. Mientras ella respire vivirá mi rencor.

JUAN. Muchos peligros os rodean.

VITELLI. Y sin embargo, yo sonrío delante del mundo y espero con ánimo fuerte combatirlo todo y vencer de todo.

JUAN. Y vuestro hijo?

VITELLI. Tambien he tomado mis medidas respecto á Alfredo. Confio en tí: si me vendes...

JUAN. Yo haceros traicion? ah señor! podréis dudar un momento de mí? me creeriais tan ingrato? nunca, señor; os compadezco, pero os amo.

VITELLI. Así lo creo; pero desgraciado del que se atreviese á abusar de esa confianza.

JUAN. Señor...

VITELLI. Basta .. mañana sahrás mis proyectos: retirate.

JUAN. Obedezco. (*Se retira.*)

VITELLI. Sí; duermo tranquilo mientras voy á meditar con sangre fria los medios de asegurar para siempre mi tranquilidad.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa la marquesa Cresfonti.

ESCENA PRIMERA.

FELICIA Y BERTA.

BERTA. Será posible, señorita, que en este día de alegría, cuando estais próxima á contraer un enlace tan brillante, os mostreis tan

triste! mas parece que esleis dispuesta á encerraros en un convento que á una fiesta nupcial.

FELICIA. Querida Berta, se trata nada ménos que de un paso que decide para siempre de la felicidad ó de la desgracia de toda la vida.

BERTA. Conozco que la edad del Conde comparada con la vuestra...

FELICIA. Ah! no es ese mi mayor tormento.

BERTA. Qué decís? Tal vez otro amor...

FELICIA. Ah, Berta! soy muy desgraciada!

BERTA. Desgraciada, señorita? y me habeis callado vuestras penas? no me creiais capaz de consolaros?

FELICIA. Ah! Berta!..

BERTA. Llorais?.. pues bien, aun es tiempo, confesad vuestra situacion á la señora Marquesa; pero entretanto confias á mí. Cual es el objeto de vuestro amor?

FELICIA. Yo misma lo ignoro.

BERTA. Cómo?

FELICIA. Todo lo sabrás; pero te ruego el secreto, y sobre todo, que nunca lo sepa mi madre.

BERTA. Y no seria mejor que le abrieseis vuestro corazon?

FELICIA. No, no, Berta; la severidad y rigidez que usa conmigo me tienen atemorizada, y estoy segura de que en vez de conmover su corazon con el relato de mis pesares, empeoraria mi posicion.

BERTA. Eu verdad que no sé que aconsejaros.

FELICIA. Oye y compadéceme. Perdí á mi padre siendo muy niña; no conservo de él otro recuerdo que esta cruz que llevo siempre conmigo, y que los honrados labradores que cuidaron de mi infancia, por un misterio que jamas he podido comprender, me encomendaron que nunca abandonase; mi madre tuvo que marchar á Florencia y me dejó á su cuidado; allí estuve privada de sus caricias hasta la edad de diez años en que volvió para retirarse conmigo á aquella aldea llamada de S. Justo. Un dia que yo estaba á la sombra de una arboleda entonando una cancion lúgubre á la memoria de mi padre, se apareció de repente delante de mí un desconocido que, inmóvil y atento, parecia embelesado al escuchar mi cancion; era un jóven de elegante apostura y que apenas tendria veinte años; al verle, sobrecojida de una nueva sensacion, clavé mis ojos en el suelo y quedé ante él silenciosa y avergonzada.

BERTA. Y ¿aquel jóven, quién era? nada os dijo?

FELICIA. Todos los dias nos veíamos en el mismo sitio; por fin se atrevió á descubrirme su corazon, y en el instante en que arrodillado

á mis piés salia de sus lábios la palabra *amor*, oí la voz de mi madre que me llamaba. Temiendo entónces ser descubierta, corrí temblorosa y confusa hácia el sitio en que ella estaba; pero no sin dirigir ántes una mirada al desconocido que revelaba el placer de haberle oido y el dolor de alejarme tan pronto de su presencia.

BERTA. Y no le habeis vuelto á ver?

FELICIA. Jamas; volvi mil veces al mismo sitio y á la misma hora, pero en vano. Desde aquel dia no he sido feliz; inquieta siempre nada me complacia; encontraba el fastidio y el despecho en lo mismo que hasta entónces habia formado las delicias de mi vida; en fin Berta, insensiblemente ha ido creciendo en mí la memoria de aquel objeto hasta el extremo de ser una pasion irresistible.

BERTA. Pobre señorita!

FELICIA. He hecho cuantos esfuerzos he podido para extinguir esta pasion que me condenaba al tormento de amar sin esperanza; pero todos han sido inútiles. Cuando mi madre tomó el partido de establecerse en Florencia, creí que en medio de las distracciones que ofrece el gran mundo seria posible el desvanecer mis dolores; pero nada, Berta; mi mente siempre volaba allí, allí mi corazon.

BERTA. Ah! señorita! os compadezco; pero yo en vuestro lugar, no pensaria mas en una persona que debe naturalmente haberos olvidado, puesto que no volvió á buscaros.

FELICIA. Conozco cuanto dices; pero no soy dueña de mí misma.

BERTA. Y qué pensais hacer? procurad tranquilizaros, y no dudeis que con el tiempo esa melancolia desaparecerá... — Vuestra madre... por Dios, señorita, serenaos.

FELICIA. (Yo tiemblo.)

ESCENA II.

LA MARQUESA Y DIHIAS.

MARQUESA. Qué te detiene aquí? Os parece señorita que son estos momentos para entretenerse en inútiles coloquios con las camareras?

FELICIA. (Turbada.) Perdonad madre mia... pero íbamos...

MARQUESA. Qué tienes? estás pálida?

FELICIA. Yo?..

MARQUESA. De un momento á otro debes ser presentada á tu esposo ; prepárate para recibirle dignamente... Berta , disponed el tocador de la señorita.

BERTA. Voy á servirlos... ánimo , señorita.
(*Vase.*)

ESCENA III.

LA MARQUESA Y FELICIA.

MARQUESA. Qué es esto , Felicia?... qué secreto pesar...

FELICIA. Quisiera pedirlos una gracia... ah ! madre mía ! si amais á vuestra hija , suspended al ménos por algunos dias este matrimonio.

MARQUESA. Qué dices?... Un matrimonio que tanto nos honra... cuando hay una palabra empeñada...

FELICIA. (*Con timidez.*) Pero yo no he dado esa palabra.

MARQUESA. (*Con firmeza.*) La he dado yo.

FELICIA. Y quereis que entregue mi mano á un hombre á quien miro con horror ?

MARQUESA. Con horror !... ¿Y qué razon...

FELICIA. Me le inspira sin que yo pueda definir la causa.

MARQUESA. Pues yo os declaro que no estoy en el caso de acceder á vuestros caprichos ; y como ántes os he dicho , está solemnemente empeñada mi palabra , á la cual nunca he faltado ; por lo tanto disponeos á dar vuestra mano al Conde.

FELICIA. Ah madre mía !

MARQUESA. Marchad, Felicia, y procurad que os vea mas resignada y obediente.

FELICIA. No encontraré compasion ni en una madre ? podrá una tierna madre negar á una hija lo que concederia á un estraño ?

MARQUESA. Esa compasion seria ridícula ; basta : id á disponeros , y no olvidéis que el mayor mérito de los hijos , es la ciega obediencia á la voluntad de sus padres.

FELICIA. (*Ap.*) (Dios mio ! tened piedad de mí !) Voy á obedeceros. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA MARQUESA,

Infeliz de ella si rehusa aceptar la mano del Conde. Destruir mis proyectos, tal vez mi fortuna ! pero yo sabré obligarla á toda costa.

ESCENA V.

EL CONDE VITELLI Y LA MARQUESA.

VITELLI. (*Saludando.*) Señora Marquesa ?...

MARQUESA. Adios señor Conde.

VITELLI. Dispensadme , señora Marquesa el que no me haya hecho anunciar.

MARQUESA. (*Ofreciéndole asiento.*) Vos sois el dueño de esta casa y yo soy quien debo felicitarle al veros tan solícito en honrarla.

VITELLI. Señora !

MARQUESA. Dignaos tomar asiento ; dentro de pocos instantes estará Felicia en vuestra presencia.

VITELLI. No puedo estar impaciente junto á vos.

MARQUESA. Sois muy galante... pero me parece que vuestro semblante está agitado ; conservaréis todavía algun rencor al pobre conde Justiniani ?

VITELLI. Es cierto que me incomodó , y no dudo que seréis de mi opinion y convendréis en que en medio del placer que me proporcionó con la feliz nueva de la existencia de mi hijo , debia resentirse mi cariño paternal al ver la preferencia que ha hecho de él sobre su propio padre noticiándole ántes su venida.

MARQUESA. Teneis razon ; pero vos lo olvidaréis , puesto que no ignorais el cariño que profesa á vuestro hijo : y á propósito , ha llegado este ya ?

VITELLI. Esta mañana.

MARQUESA. Y cómo no me le habeis presentado ? estoy impaciente por conocerle.

VITELLI. Me apresuraré á complacerlos ; pero ante todo deseaba hablaros un momento y descubriros lo que al acercarse el instante de contraer mi nuevo enlace me turba y me altera.

MARQUESA. (*Sorprendida.*) Cómo señor Conde !

VITELLI. La indiferencia que noto en Felicia me atormenta ; y hay momentos , os lo confieso , en que su constante melancolía llega por fin á hacerme dudar que sea producida de otra causa que de su timidez (como vos decís) y que tal vez otro amor...

MARQUESA. Qué decís , señor Conde ? Felicia es incapaz de mentir , yo la conozco , y puedo garantiros de su corazon y de su docilidad. Cuanto observeis en ella es efecto de su inesperienza.

VITELLI. No lo dudo ; pero acordaos , señora Marquesa... á vos os lo digo que sois su ma-

dre: «Desde este dia, ella y yo debemos hacernos responsable de las desgracias que por culpa ó por ignorancia vuestra acaezcan en nuestro himenco. Mas yo espero que vuestra hija sabrá muy bien cuales sean sus deberes al desposarse conmigo.»

MARQUESA. (*Ofendida.*) Señor Conde, nos ofendeis: esperaba que tendrais en mejor opinion á Felicia, y siento en el alma.

(*Un criado se presenta en la puerta del fondo.*)

CRIADO. El señor conde Justiniani pide permiso para presentaros á un caballero amigo suyo.

MARQUESA. Que pase.

VITELLI. (*Ap.*) (Ese hombre parece mi sombrero.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL CONDE JUSTINIANI *acompañando á ALFREDO*: *este se queda un poco retirado, el Conde se adelanta.*

JUSTINIANI. Dispensadme señora Marquesa, que interrumpa vuestra conversacion; pero creo que no lo sentiréis, ni lo tacharéis de imprudencia cuando sepais que el objeto de mi venida es para presentaros en este amigo al virtuoso Alfredo, al hijo del señor Conde.

VITELLI. (Mi hijo!)

MARQUESA. (*Al conde Vitelli.*) Vuestro hijo?

VITELLI. Si señora.

ALFREDO. Perdonad señora Marquesa si esta visita os ha sido molesta.

MARQUESA. Al contrario, y me regoeijo de vuestra venida, pues ella me ha proporcionado el plaecer de conocer á un jóven tan amable.

ALFREDO. Ah! señora...

JUSTINIANI. Sí, sí, amigo mio; la Marquesa os perdonará, mucho mas cuando sepa que al anueiaros este próximo enlace, solicitasteis de mí el que os presentase á Felicia para felicitarla, por ser el objeto destinado á labrar la ventura de un padre á quien tanto amais.

ALFREDO. Veré con plaecer á esa hermosa señorita de cuya belleza y virtudes tanto me habeis hablado. Ah, padre mio! cuán feliz soy al veros dichoso!

VITELLI. Así lo creo; y cuanto el señor conde te ha dicho es cierto; Felicia es un ángel.

MARQUESA. (*A Alfredo.*) Ese es el lenguaje de amante.

VITELLI. (*A Justiniani ap.*) (Ni el modo de presentar á Alfredo, ni la ocasion creo que han sido los mas á propósito.)

JUSTINIANI. (*Con mareada intencion.*) Tranquilizaos: Alfredo al saber vuestro matrimonio ha demostrado sentimientos muy nobles y muy... desinteresados.

(*Vitelli echa una terrible mirada sobre Justiniani. La marquesa interrumpe este diálogo.*)

MARQUESA. Sabéis señor Conde que vuestro hijo es un arrogante mozo? estoy impaciente porque venga Felicia para presentársele; y en verdad que no sé... (*Se dirige á la primera puerta de la derecha y tira del cordón de la campanilla: en el momento aparece Berta.*) Decid á la señorita que se la está esperando.

BERTA. Venia á anunciarla.

MARQUESA (*dirigiéndose á dentro.*) Ven hija mia.

VITELLI. Alfredo, yo te presentaré.

(*En el momento en que Felicia se presenta conducida por la Marquesa, Vitelli coje á Alfredo y le lleva á su encuentro.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, FELICIA.

ALFREDO (*con rapidez.*) Gran Dios! es ella!

FELICIA (*lo mismo.*) El desconocido!

(*La Marquesa, Justiniani y Berta quedan inmóviles y asombrados.*)

VITELLI. Como! qué veo! os conociais? os amabais? ah, comprendo ahora vuestra indiferencia! Miserables! queriais hacerme juguete vuestro?... (*A Justiniani.*) Y vos, hombre infame, vos que habeis sido el autor de esta infernal trama para lograr la ocasion de saciar vuestro odio...

(*Se dirige á Justiniani, este se coloca delante de él, y de un modo terrible le dice:*)

JUSTINIANI. Deteneos, señor Conde: si en este momento no esenchase mas voz que la del resentimiento os haria arrepentir de vuestros insultos; pero si vos desconoceis el respeto que se debe á esta honrada familia...

(*La marquesa se coloca en medio.*)

MARQUESA (*con severidad.*) Basta señores; espero que entrambos tendréis presente donde estáis.

ALFREDO. Padre mio! me será lícito el decir que nadie os ha engañado?

VITELLI. Calla, infame! Sobre tu cabeza caerá mi venganza.

ALFREDO. Caiga en buen hora, si así os place, como la inocencia y la amistad queden libres del ultraje y yo solo sea el culpable, si es delito el amar á un objeto que vos habeis amado.

VITELLI. En vano crees alucinarme... (Cojiendo á Felicia.) Pero vos, Felicia, decidme; le amaríais acaso?

FELICIA. Ah... no puedo negarlo...

ALFREDO. Ah! seré tan feliz!

(Al oír las palabras de Felicia, por un impulso involuntario va á dirigirse á ella, pero Vitelli le detiene.)

VITELLI. Detente... ella no te pertenece, ella me ha sido prometida, y será mía, lo juro... Felicia, queréis ser mi esposa?

ALFREDO. Oídme padre mio!

VITELLI. Silencio miserable; Felicia, responded, sí ó no!

FELICIA. (arrojándose en brazos de la Marquesa; esta la rechaza.) Madre mia!

MARQUESA. Apartad!

FELICIA. Ah!.. (Pero reponiéndose de repente dice con arrogancia.) Permitid señor Conde que me retire. Solo mi madre tiene derechos sobre mí; solo ella puede disponer de mi suerte. (Vase á su gabinete primera puerta derecha.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ménos FELICIA.

VITELLI (á la Marquesa.) Ya lo habeis oido; ella confirma el derecho que teneis como madre; decidid.

MARQUESA. Si hubiese podido prever lo que sucede... ántes de haber empeñado mi palabra...

JUSTINIANI. Y tendréis valor para violentar así la inclinacion de vuestra hija? la querréis hacer infeliz para siempre?

MARQUESA. Considerad...

ALFREDO. Basta, señor Conde, no procureis investigar el misterio que envuelve esa obstinacion... Mé atreveré tan solo á pedir una gra-

cia á mi padre arrojándome á sus piés. Dejad libre al objeto de nuestro recíproco amor, y os juro partir de estos sitios para siempre.

VITELLI. Huye de mi presencia.

JUSTINIANI (ap.) Padre desnaturalizado!

ALFREDO (suplicando.) Ah, señor!

VITELLI. No mas: aléjate de mi vista.

(Justiniani coje á Alfredo, le levanta y colocándose entre él y su padre, dice:)

JUSTINIANI. Si, es preciso para vos y para el Conde que os alejeis para siempre uno de otro. — Oh Alfredo! ven, sígneme, y la ternura que te niega un padre cruel la hallarás en el seno de este anciano. Ven hijo mio, ven. — Adios, señora.

ALFREDO. Ah Felicia! (Vase.)

ESCENA IX.

VITELLI Y LA MARQUESA.

VITELLI. Sí, marchad; yo juro romper muy en breve vuestros lazos. — Vos me respondeis de Felicia, y miéntras recapaciteis sobre lo que os he dicho, repetid á vuestra hija, que nunca he perdonado las ofensas que he recibido en mengua de mi honor: sí; recordadlo las dos. Adios, señora.

ESCENA X.

LA MARQUESA.

A qué extremo me han conducido mis miras interesadas!... El carácter del conde me atemoriza... Pobre Felicia! su situacion empieza á conmoverme... pero podré tolerar el verme despojada tal vez de mis bienes por la avaricia de los parientes de mi esposo?.. por debilidad de mi corazon? por secundar las ideas del conde Justiniani? Despues de tantos trabajos podré sugetarme á la miseria? al desprecio del mundo? ah, no..... jamas. Sí, es preciso que este enlace se verifique, ó esperarle todo en mi falsa posicion del obstinado conde Vitelli.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero en casa de Vitelli.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, *solo.*

El señor conde ha salido muy de mañana, contra su costumbre, y con sigilo; sin embargo yo pude verle al paso y me ha parecido muy agitado: la llegada de su hijo debe haber contribuido mucho á ese cambio que se observa en él; no sé porqué, pero no estoy tranquilo.... Oigo ruido.... (*Se dirige al foro.*) — El señor Conde y Mateo.

ESCENA II.

VITELLI, MATEO Y JUAN.

VITELLI. Y bien, Mateo, estás ya en el caso de cumplir tu promesa? has encontrado á María?

MATEO. María ha parecido.

VITELLI. (*Con alegría.*) Es cierto?

MATEO. (*Con calma.*) Si, señor Conde... pero vamos despacio y hagamos las cosas por su orden. ántes que yo me explique, decidme: recordais vuestra promesa?

VITELLI. Te he prometido doscientos ducados...

MATEO. No, quinientos, si mal no me acuerdo. quinientos.

VITELLI. (*Con impaciencia.*) Bien, habla.

MATEO. Hace dos dias, ántes de morir Stéfano, que era uno de mis compañeros...

VITELLI. ¿Y qué tiene que ver Stéfano...

MATEO. Mas de lo que os podeis figurar. Stéfano fué quien la salvó, y momentos ántes de morir confesó haber sido él el encargado de dar muerte á una niña que le entregó un desconocido hace quince años; pero que movido de compasion por aquella criatura, trató de salvarla, y queriendo dar en parte cumplimiento á la orden que habia recibido, la dejó en el umbral de la puerta de una quinta habitada por unos labradores vecinos de la aldea de S. Justo; le quitó los vestidos que llevaba, y los entregó al desconocido despues de recibir la suma prometida.

VITELLI. Y Fidelio reveló nuestros nombres?

MATEO. No, él nada dijo. La casualidad hizo que á poco tiempo, hallándose Stéfano en Florencia, este creyese reconocer, al desconocido que le entregó la niña; le siguió, é indagando entónces por todos los medios que tuvo á su alcance, quien era aquel hombre, supo que se llamaba Fidelio y que estaba á nuestro servicio.

VITELLI. Y ese compañero tu yo no volvió á ver á Fidelio?

MATEO. No.

VITELLI. (*Ap.*) (*Infame Fidelio! Ah! por qué no preví su fuga y al ménos su lengua no me inspiraria ahora ningun temor?*) Es decir que esa María se cree que habita en la aldea de S. Justo?

MATEO. No, ya no está allí.

VITELLI. No me aseguraste haberla encontrado?

MATEO. Así es; yo os diré el modo; sabed pues que uno de mis compañeros, hombre de ingenio y de corazon que se hallaba presente durante el relato de Stéfano y que contra su costumbre parecia conmovido por las palabras del moribundo, se ofreció á informarse de la verdad, y de si existia aun aquella niña; yo, como podeis creer, le animé á su empresa, y partió escitado por mí; Carlos, este era el nombre de mi camarada, de vuelta esta noche de su mision, me ha contado, que á duras penas logró que aquellos aldeanos le diesen noticias de María, y que por fin le dijeron que aquella niña no vivia ya con ellos, pero que habia mejorado de posicion, y que en el dia la tenia adoptada por hija...

VITELLI. (*Con viveza*) Quien?

MATEO. (*Con calma y sangre fría.*) Cuando tenga en mi poder los quinientos ducados seguiré mi narracion.

VITELLI. (*Saca con rapidez su cartera y la entrega á Mateo.*) Miserable.... he aqui tu dinero.

MATEO. (*Despues de revisar con calma los billetes.*) Ahora es justo que yo cumpla; pero ántes debo haceros una pregunta; decidme:

en cuanto está tasado el contrato de vuestra boda?

VITELLI. (*Con furor.*) Basta de burlas, miserable asesino.

MATEO. (*Con calma.*) Deliciera ofenderme por vuestras palabras, pero... (*Enseñando las letras.*) todo lo permito: si estraño que se escape á vuestra penetracion el no comprender que mi pregunta es casi una respuesta.

VITELLI. Acaba de una vez.

MATEO. No adivinais que aquella niña que debió ser vuestra víctima, no es otra que la misma Felicia destinada á ser vuestra esposa?

VITELLI. (*Con espanto.*) Gran Dios!

MATEO. Lo veis? si en la situacion que os ha puesto mi revelacion, y que yo ya esperaba, no me hubieseis ántes entregado la suma convenida, estaba espuesto á perderla.

VITELLI. Ira de Dios! es cierto lo que has dicho? no te han engañado?

MATEO. Mateo no se deja engañar fácilmente.

VITELLI. Pero qué objeto pudo tener la Marquesa para adoptarla por hija?

MATEO. Segun el parecer de aquellos aldeanos, la Marquesa, que no tenia hijos, les indujo á que le entregasen su protejida para presentarla á los parientes de su esposo como hija de este matrimonio, lo que era muy fácil hacérselo ereer, porque vivian separados muchos años; la intencion de la Marquesa fué que al morir el Marques no pasasen sus bienes á manos de la familia de este, y por medio de tal engaño quedó dueña de una regular fortuna, con la que vino á establecerse á Florencia.

VITELLI. Y esa infame Marquesa queria darme por esposa á una jóven de la que ella misma ignora los padres? Pues bien, si, la llevaré al altar; pero el ara nupcial se convertirá tal vez en losa de su tumba. Sígueme Mateo... (*Tira del cordon de la campanilla; se presenta Juan.*) á cualquiera que pregunte por mí, le dirás que he salido de la ciudad por algunos dias; del secreto depende tu vida.

JUAN. Señor...

VITELLI. Basta; silencio.... marchemos. (*A Mateo.*)

MATEO. Pues señor hice mi negocio. (*Vanse Vitelli y Mateo por la puerta secreta.*)

ESCENA III.

JUAN.

Mejor es que se hayan ido; aun estoy temblando; me horrorizo... pero, Dios mio! enal será el resultado! es preciso confesar que el señor Conde tiene muy mal corazon; y cuanto mas lo pienso veo que debo salir de esta casa y resolverme de una vez, pues le considero capaz de todo, aun contra mi mismo.

ESCENA IV.

EL CÓNDE JUSTINIANI Y ALFREDO.

ALFREDO. Juan, ha vuelto mi padre?

JUAN. Si señor, pero ha salido otra vez, y creo que tardará en volver.

ALFREDO. Sabes á donde ha ido?

JUAN. Ha salido de Florencia.

ALFREDO. Paciencia; fuerza será esperarle. Entretanto si viene mi compañero de viaje que entre al momento.

JUAN. Seréis puntualmente obedecido (*Vase.*)

ESCENA V.

JUSTINIANI Y ALFREDO.

ALFREDO. Ah! cuánto os debo querido Conde; y cuánto siento los disgustos que por mi causa habeis tenido: pero no me abandoneis en este dia tan cruel.

JUSTINIANI. No, jóven desgraeciado; si la amistad vale algo para consolarte, tú sabes cual es el temple de la mia, y no ignoras cuanto te quiero para que puedas temer que te abandone en el momento del peligro.

ALFREDO. Porqué no he de encontrar en el corazon de mi padre vuestro cariño? Cuando San German sepa este suceso...

JUSTINIANI. A propósito de San German, tu compañero de viaje, creia encontrarle aquí para tener el gusto de conocerle, pues segun los elegios que de él me has hecho en tus cartas debe ser un hombre de talento.

ALFREDO. Vos mismo podreis juzgarle; no debe tardar. Ténia algunos negocios en Florencia, y debia recojer unos despachos de suma importancia del gefe de las órdenes militares, pero me ha prometido volver en cuanto desocupe, y estoy seguro que recibirá la mayor complaencia en seros presentado.

ESCENA VI.

SAN GERMAN Y DICHOS.

SAN GERMAN. (*Sin reparar al pronto en el Conde.*) Héme aquí de vuelta y en completa libertad por hoy para disfrutar de tu buena compañía... Caballero... (*saludando*) Seria acaso este caballero el Conde tu amigo?...

ALFREDO. Sí, el mismo.

SAN GERMAN. Dignaos aceptar mis sinceros respetos, y creed que me tengo por muy dichoso hoy que la casualidad me ha proporcionado el placer y la honra de conoceros.

JUSTINIANI. Soy el mejor amigo de Alfredo, por lo tanto lo soy vuestro de corazón; esta es mi mano. (*Presentándola.*)

SAN GERMAN. (*estrechándola.*) Gracias, señor Conde. Pero qué es esto amigo mio? me parece que te hallo triste? ahora que le encuentras en tu patria, en tu palacio, en los brazos de tu padre y en el seno de tus amigos? Todo te sonríe; deja el pesar solo para mí que tendré que separarme muy pronto del mejor de mis amigos..... mas.... ahora recuerdo que alguna vez me has hablado de la frialdad de tu padre hacia tí: dime: te habrá rehusado sus abrazos, su cariño? serias acaso tan infeliz?

ALFREDO. Sí, amigo mio, lo soy... Sin pretender hacerlos concebir una mala idea acerca del carácter del Conde mi padre, existe en él hacia mí tal prevención, que es imposible concebirla igual contra el mayor de sus enemigos, y hoy ha probado mi corazón tan cruelmente sus efectos, que...

SAN GERMAN. Pero para esa prevención, para esa indiferencia ¿qué motivo bastante poderoso...

ALFREDO. Mil veces he examinado los actos de mi juventud procurando encontrar en alguno de ellos uno que me justificase su odio, pero en vano; privado desde niño de las caricias de una buena madre, educado fuera de mi casa, viendo rara vez á mi padre, qué delito, qué vicio puede haberle disgustado? he sufrido mucho, vos lo sabeis... (*al Conde.*) sufro todavía, y esa antipatía paterna ha amargado constantemente las horas de mi vida; he aquí la razón por la cual apenas mi edad lo

permitió, abracé la carrera de las armas, abandoné mi patria, la casa paterna...

SAN GERMAN. Pobre Alfredo! te compadezco! pero es mas digno de compasión tu desdichado padre, pues no conoce el aprecio del cariño de un hijo como tú; pero tranquilízate, me uniré á tí, al señor Conde, y procuraremos llevar á cabo vuestra reconciliación.

ALFREDO. Vuestra bondad...

SAN GERMAN. Mi amistad debes decir, y esta te es bastante conocida para que no puedas dudar del celo que desplegaré en cuantas ocasiones se trate de tu felicidad.

ALFREDO. Demasiado lo sé; conozco vuestro corazón, y ojalá mi amistad fuese bastante á demostrar mi gratitud para alejar con esta los recuerdos que vienen á turbar vuestra felicidad.

SAN GERMAN. Mis males no pueden tener reparación en la tierra, solo allí (*Señalando el cielo:*) encontraré consuelo.

JUSTINIANI. A vos tambien os aflige algun pesar?

SAN GERMAN. Señor Conde, mi herida es muy antigua... fuí muy feliz, hubo un tiempo en que una tierna esposa y una inocente niña formaban las delicias de mi vida... aquella felicidad se disipó como el humo; la llaga que tanto tiempo consume mi corazón no puede cauterizarse, y en vano he buscado la muerte en medio de los combates para estinguirla.

ALFREDO. Sí, mil veces he sido testigo de vuestro arrojo en los campos de batalla, y sus efectos han sido bien funestos al enemigo.

SAN GERMAN. Ah! porqué no lo fueron á los autores de mis padecimientos, que para mayor desgracia, á pesar de todas mis investigaciones, están ocultos aun á mi venganza?

JUSTINIANI. Amigo mio, abandonad tan tristes recuerdos; Alfredo, pasemos á tu habitación, allí hablaremos con mas libertad, y entretanto que esperamos la vuelta de tu padre combinaremos el mejor medio de aplacar su cólera.

SAN GERMAN. Como gustéis.

ALFREDO. Vamos.

JUSTINIANI (*á Alfredo*). Confianza, amigo mio, la mano de Dios nos guiará.

(*Éntranse en la derecha.*)

ACTO CUARTO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE JUSTINIANI Y SAN GERMAN.

SAN GERMAN. Pobre Alfredo! me parte el corazón el verle tan afligido! es posible que su padre sea tan cruel?

JUSTINIANI. Demasiado cierto es, y en la escena que os he contado, acaecida esta mañana en casa de la Marquesa de Cresfonti, nos patentizó de cuanto es capaz su corazón.

ESCENA II.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO. Perdonad señor Conde si interrumpo...

JUSTINIANI. Qué traes?

CRIADO. Un hombre que dice no haberos encontrado en vuestra casa y que ansioso preguntó si estabais aquí, ha dejado esta carta para que se os entregase inmediatamente.

JUSTINIANI (tomando la carta.) Y ese hombre?

CRIADO. Apenas se le dijo que estabais dejó la carta y partió.

JUSTINIANI. Quién sería?...

CRIADO. Mandais algo?

JUSTINIANI. No.

(*El criado saluda y se retira.*)

ESCENA III.

JUSTINIANI Y SAN GERMAN.

JUSTINIANI. Con vuestro permiso...

SAN GERMAN. Vos le teneis.

JUSTINIANI (*Abre la carta, lee para sí: durante la lectura se aumenta su emoción hasta el fin.*) Qué he leído! Gran Dios! pobre Alfredo!

SAN GERMAN. Como! nuevas desgracias todavía para nuestro amigo?

JUSTINIANI. Ah, sí.—Ved por vuestros mismos ojos, ya que tanto os interesa su suerte; y si lo que esta carta dice es cierto, juzgad quién es su padre.

SAN GERMAN (*leyendo.*) «Sois un hombre honrado; el único amigo de la casa Vitelli; partid corriendo á Rífredi, para donde yo recibo la orden de marchar. Vuestra sola presencia podrá tal vez impedir lo que el conde Vitelli ha dispuesto: un asesinato. Si la condesa «Ranucci...» Gran Dios! (*El resto de la carta lo lee con la mayor agitación.*) «respira aun en la prisión de su castillo de Lastra en Rífredi, si esta no ha sufrido ya la suerte de la desgraciada marquesa de Altizira, de la infeliz madre de Alfredo, las víctimas deben ser dos. Grandes secretos pudiera revelaros, pero vuela el tiempo, corre á salvar la inocencia, yo os precedo con ánimo resuelto de salvar á aquellas infelices ó de perecer con ellas, para espiar así en parte mis delitos librando al mundo de un corazón despedazado por los remordimientos: no vacíeis, os lo pide de rodillas un antiguo criado del Conde.» firmado: «Fidelio.» (*La carta cae de sus manos.*) Fidelio. — Oh Dios mio! cuán inconcebibles son tus decretos!... Pero ese Vitelli, ese monstruo, sería aquel á quien el cielo sustrae por tanto tiempo á mi furor?

JUSTINIANI. Qué decis! ¿qué relación puede tener Vitelli...

SAN GERMAN. Mi esposa ha sido la desgraciada víctima de la barbarie de Vitelli! es su prisionera! pero esta carta dice que las víctimas pueden ser dos... Dios mio... que rayo de luz... Tal vez María...

JUSTINIANI. María!...

SAN GERMAN. Sí... sabedlo; mi nombre no es Alfonso de San German, soy Eduardo Ranucci, el infortunado esposo de la Condesa prisionera, y que me fué arrebatada hace quince años por unos hombres enmascarados: de los que en vano la intenté liberrar, pues caí herido... Dios mio! yo te doy gracias! corro á vengarme, á clavar mi acero en el impío corazón de Vitelli, de ese monstruo que cobardemente me arrebató á un tiempo la esposa y la hija.

JUSTINIANI. En nombre del cielo, deteneos; vuestro furor puede precipitaros, y tal vez perjudicar á aquellas infelices; iré con vos.

SAN GERMAN. Bien; si así lo quereis, si tenéis valor, si estais dispuesto á secundarme, marchemos. (*En el momento de ir, á salir, se presenta Alfredo. San German da un grito de horror.*) Ah!

ESCENA IV.

DICHOS Y ALFREDO.

ALFREDO. Venia á preguntaros.... pero qué es esto?... qué teneis... San German?

SAN GERMAN. Déjame, aparta infeliz, huye de mi vista, la fatalidad ha deshecho los lazos de amistad que nos unian, esos lazos están rotos para siempre.

ALFREDO (*con emocion.*) Qué decis?

SAN GERMAN. Déjame... os espero señor Conde. (*Vase.*)

ESCENA V.

JUSTINIANI Y ALFREDO.

JUSTINIANI (*para sí.*) Qué haré?... si parto Alfredo querrá seguirme; si abandono á San German puede perderse.

ALFREDO. Pero qué misterio.... San German me arroja de sí.. Vos, señor Conde, vos debeis saber qué puede haberle cambiado así; de qué proviene aquel repentino furor? (*Viendo la carta en el suelo.*) Mas que veo, una carta! ella tal vez me revele...

JUSTINIANI. (*Queriendo impedirle que la lea.*) Dámela, Alfredo; en nombre de mi amistad no la leas, su lectura te haria mas infeliz.

ALFREDO. Nada importa; dejad que vea los males que me reserva aun mi fatal destino. (*Lee trémulo: cuando concluye arroja un grito de dolor y deja caer la carta que recoge el Conde.*) Gran Dios! mi madre asesinada!.. Ah! mi segundo padre, no me abandoneis; soy muy desgraciado.

(*Se echa en los brazos del Conde.*)

JUSTINIANI. Hijo mio, tranquilízate y ten valor, porque ahora mas que nunca necesitamos de él. Ah! porqué has leído ese escrito fatal? compadece á tu amigo y sabe que la condesa Ranucci no es otra que la esposa de San German inútilmente buscada por tantos años, y tu padre...

ALFREDO. Ah! callad; todo lo comprendo. Dios poderoso! y mi padre ha cometido tantos

delitos?... y podré sobrevivir al baldon que pesa sobre nuestro nombre?...

JUSTINIANI. Cálmate, y piensa que los delitos son personales, y los de tu padre no pueden eclipsar tus virtudes.

ALFREDO. Mis virtudes?... y de qué me sirven? vos mismo habeis sido testigo de que estas no han impedido que un amigo me mirase con horror, que me apartara de su vista: no bastaba que me robasen el amor de Felicia? no bastaba la deshonra? era preciso aun el desprecio. Ah! busquemos á mi padre.

JUSTINIANI. A tu padre? á qué fin? qué pensais hacer?

ALFREDO. No trateis de impedir mi resolucion; ella será la norma de mi conducta de hoy en adelante.

JUSTINIANI. Reflexiona que se trata de sucesos muy delicados, y así como no te creo capaz de concebir proyectos contrarios á tu honor, si no quieres que sean un secreto para mí, confíamelos y me hallarás pronto á secundarte en todo lo que razonablemente deba adoptarse.

ALFREDO. Solo deseo salvar la vida de mi padre, y evitar su deshonra librándole si es preciso por cualquier medio de su enemigo.

JUSTINIANI. Cruel! crees que sacrificando á tu amigo evitarás el castigo que amenaza al culpable? Olvidas acaso que hay otros cómplices en los delitos y proyectos de Vitelli, y que para alguno de ellos, ha llegado ya á su corazon el acervo dolor del remordimiento?

ALFREDO. Pues qué debo hacer?

JUSTINIANI. (*El tiempo pasa y San German me espera! Yo no puedo abandonar á Alfredo en tal situacion. — Resolucion!*) Al punto vamos á buscar á tu padre; deja que yo te sirva de guia en este dia peligroso y decisivo para tu honor y su existencia.

ALFREDO. Ah! conozco que ante tantos horrores vacila mi valor, yo debo aceptar vuestro apoyo como un don del cielo. Oh! protector mio, me entrego en vuestras manos.

JUSTINIANI. Sí, hijo mio; Dios, para el cual nada hay imposible, Dios nos guiará.

ESCENA VI.

JUAN Y DICHOS.

JUSTINIANI. Y bien, Juan, qué noticias traes del señor Conde? Tú debes saber donde se halla!

JUAN. (*Confuso.*) Yo señor... no puedo... es decir, no debo...

JUSTINIANI. Te ha dado orden para que no lo digas ?

JUAN. Precisamente orden..., no...

JUSTINIANI. Ah ! no me engaño , tu propia turbacion te vende , y me hace creer que tú lo sabes ; pero es preciso que entiendas que tu silencio puede ser fatal para él ; nosotros necesitamos verle indispensablemente para salvarle de un peligro inminente...

JUAN. (*Ap. y temblando.*) (Dios mio ! si habrán descubierta...)

JUSTINIANI. Callas ! Tiembas !... Serias acaso tú tambien cómplice en los crímenes del Conde ?

JUAN. (*Horrorizado.*) Yo señor!..

JUSTINIANI. El conde está perdido sin remedio , y tú con él si persistes en callar.

JUAN. (*De rodillas.*) Ah ! señor , salvadme ; salvad por piedad á un infeliz !

JUSTINIANI. Bien , tranquilízate ; pero habla ; solo queremos salvarte.

JUAN. Yo quisiera poderos satisfacer , pero... lo que puedo deciros son solo sospechas.

ALFREDO. Qué sospechas ?

JUAN. (*A Alfredo.*) No es cierto que amabais á la hija de la señora marquesa Cresfonti ?

ALFREDO. Y qué tiene que ver mi amor con tus sospechas ?

JUAN. El ha producido un deseo de venganza en vuestro padre.

ALFREDO. (*Con asombro.*) Como !

JUAN. (*Con misterio.*) He visto ciertos preparativos , y sobre todo á ciertos hombres...

ALFREDO. (*Con prontitud.*) Qué hombres ?

JUAN. Yo tiemblo solo á la idea de deciros que aquellos hombres eran..... bandidos , asesinos.

ALFREDO Y JUSTINIANI. Asesinos !!

JUAN. Despues de haber hablado mi amo con ellos , me hizo ir á avisar al gefe para que con tres de los suyos le esperasen fuera de las puertas de la ciudad.

JUSTINIANI. Mas qué plan era el suyo ?

JUAN. El señor Conde , á pesar de estar fu-

riosamente irritado contra la señorita Felicia , habia resuelto desposarse con ella para privaros de su posesion ; pero en el momento que ha sabido que no era hija de la Marquesa...

ALFREDO. (*Con rapidez.*) Qué dices ?

JUSTINIANI. (*Lo mismo.*) Cómo ! no es hija suya ?... Qué rayo de luz ! seria tal vez la hija de... pero dime Juan , y qué temes ahora ?

JUAN. El que quiera comprar su propia seguridad con el precio de la sangre de su víctima.

ALFREDO. Ah ! no es posible que mi padre haya podido concebir la idea de tan atroz delito... tú mientes.

JUAN. Pluguiese al cielo que yo me engañase.

JUSTINIANI. ¿ Y crees...

JUAN. Que él ha tendido un lazo á la Marquesa para robarle á Felicia.

ALFREDO. Y dónde la habrán conducido ?

(*Desde este instante hasta el final, con extraordinaria rapidez el diálogo.*)

JUAN. He oido hablar de Rífredi... del Castillo Negro.

JUSTINIANI. Ah ! la carta decia la verdad.

ALFREDO. Corramos á advertir á la Marquesa.

JUAN. Tal vez no llegueis á tiempo.

ALFREDO. Entónces marchemos á Rífredi á evitar el mayor de los delitos , á salvar á Felicia ó á morir con ella.

JUSTINIANI. Sí , marchemos.

JUAN. Y yo , señor ?

JUSTINIANI. Sal de aqui , refúgiate en mi palacio , allí tendrás asilo seguro : el rayo de la venganza celeste podria reducir á ceniza todo cuanto encierra este lugar funesto.

ESCENA VII.

UN CRIADO. (*Apresuradamente.*) Los caballos están preparados , y sinó bajais al momento el señor de San German parte solo.

ALFREDO. A Rífredi , señor Conde.

JUSTINIANI. Sí , á Rífredi , al Castillo Negro.

ACTO QUINTO.

Subterráneo del castillo; en un lado del fondo se distingue la tumba de la marquesa Altizzira, al lado una puerta que es la entrada de los que vienen del castillo, una puerta á la izquierda. El subterráneo estará iluminado por una gran lámpara.

ESCENA PRIMERA.

VITELLI Y SPALAZZI.

VITELLI. Me has entendido? ten presente cuanto te he mandado, provee á la gente de todo lo necesario, procura que se haga con el mayor sigilo y conduce aquí á esas mujeres.

SPALAZZI. Voy, señor.

(Vase por la puerta que conduce al castillo.)

ESCENA II.

VITELLI.

Por fin estáis en mi poder, y á pesar vuestro espero que esta noche tendrán fin mis temores y cumpliré mi venganza..... ellas vienen... refrénate odio mio.

ESCENA III.

LA MARQUESA Y FELICIA conducidas por SPALAZZI, este se retirará á una señal del CONDE.

MARQUESA. Es este señor Conde el recibimiento que nos haceis? Conducís á las personas que os vienen á visitar á los subterráneos de vuestro castillo? Habeis prometido presentarnos los padres de Felicia... espero que cumpliréis vuestra palabra, y que me explicaréis el modo extraño con que nos han traído hasta aquí.

VITELLI. Suplícoos, señora Marquesa; que os sereneis, y espero que permaneceréis silenciosa hasta que seais preguntada.

MARQUESA. *(Sorprendida.)* Señor Conde, ese lenguaje... ignorais sin duda quien soy?

VITELLI. *(Con calma.)* Nada de eso; pero aquí soy el señor y por lo tanto el único que impone órdenes.

MARQUESA. Qué audacia!

VITELLI. *(Después de haber contemplado á Felicia.)* Y á vos, Felicia, qué debo deciros? á vos que habeis insultado y despreciado mi

amor... Ya os habrá dicho la señora Marquesa que no sois su hija y que vuestro nombre es María; lo sabeis?

FELICIA. Solo sé que soy una huérfana abandonada, y que no tengo quien pueda defenderme.

VITELLI. Abandonada no, he prometido presentaros á vuestra madre, dárosela á conocer, y vereis si yo sé cumplir mis promesas.

FELICIA. La conoceis? sabeis donde está?

VITELLI. *(Con intencion.)* Está aquí, y mi venganza, creedlo, consistirá en restituiros á ella y acaso para siempre.

FELICIA. Ah! ese es el único afán que me anima á desear la existencia; pero el modo extraño de que os habeis valido para sacarme del palacio, el viaje misterioso que hemos hecho...

VITELLI. Desterrad de vuestro espíritu cualquier desconfianza; ahora seguidme.

FELICIA. *(Asustada.)* Donde quereis conducirnos?...

MARQUESA. *(Ap.)* Dios mio! protejednos.

VITELLI. *(A Felicia.)* Nada temais, no os sorprenda cuanto suceda aquí hasta que mi mano haga caer el velo del misterio que os encubre, y confiad en el juramento que os he hecho de reuniros á aquella á quien deheis el ser.

FELICIA. Vamos, y el cielo os castigue si mentis.

VITELLI. *(A la Marquesa.)* Y vos, señora, entrad tambien, y esperad por poco tiempo hasta que yo vuelva para reuniros con su madre.

(Conduce á las dos por la puerta secreta y echa el cerrojo.)

FELICIA. Ah! no prolongueis el momento de mi felicidad.

MARQUESA. Me estremezco á pesar mio!

(Vanse.)

ESCENA IV.

VITELLI Y SPALAZZI.

VITELLI. (*Se dirige al fondo.*) Hola, Spalazzi!...

SPALAZZI. Señor?

VITELLI. Hiciste cuanto mandé?

SPALAZZI. Todo está prevenido.

VITELLI. Y los demas, estarán dispuestos á la señal prevenida?

SPALAZZI. Esperan el momento.

VITELLI. Está bien; conduce á la prisionera y vete á ocupar tu puesto. (*Vase Spalazzi.*) Ingrata mujer, llegó el instante de tu mayor tormento y el de mi venganza.

ESCENA V.

SPALAZZI conduce á ELISA y se retira á una señal de VITELLI. La modestia del traje de Elisa y la palidez de su semblante, deben demostrar el estado de aquella infeliz encerrada en una prision hace quince años: al ver á Vitelli debe indicar su rostro todo el horror que le inspira su presencia.

VITELLI. Cuando sepais el deseo que me anima, de no prolongar por mas tiempo vuestras penas, de pedir os que las olvidéis, y de solicitar el perdon de mis pasados errores...

ELISA. (*Con resolucion.*) Jamas le conseguireis.

VITELLI. Sed ménos cruel conmigo: es cierto que apareceré como un mónstruo á vuestros ojos, y que el arrepentimiento que yo os muestro lójos de conmoveros será calificado por vos siniestramente, que en vano esperaré el convenceros de mi sinceridad, y lograr el olvido y perdon de todos los tormentos que por mí habeis sufrido!

ELISA. Olvido y perdon para vos! aunque quisiese ni podria olvidar ni perdonar.

VITELLI. Creedme, roto el velo de las ilusiones, los años han apagado el fuego de mis pasiones, y tras mil remordimientos he comprendido que el único medio de repararlos era ofrecer os la libertad, ó implorar á vuestros piés mi perdon.

ELISA. Callad; no mas, hombre execrable, vuestras palabras sirven tan solo para haceros mil veces mas odioso y despreciable á mis ojos.

VITELLI. (*Conteniendo el furor.*) Señora!... no me habeis comprendido.

ELISA. Harto os comprendo, y vuestro meditado lenguaje, y vuestra perfidia solo proceden ó del temor de que se descubra mi cautiverio, ó de alguna infernal trama, de otro criminal proyecto.

VITELLI. Y me creeriais vil hasta el punto de solicitar vuestro perdon por temor.

ELISA. (*Con energia.*) Señor Conde, oídme bien... Si he de abandonar éstos lugares al solo precio de otorgaros mi perdon, este subterráneo será mi tumba.

VITELLI. No seréis tan inexorable, recordando la causa de mi extravío y vuestra hermosura.

ELISA. Corazon empedernido en el delito, siempre habeis sido el mas perverso y el mas cruel de los hombres.

VITELLI. Antes de haberos visto, mi corazon extraño al terrible ascendiente del amor, nacido para la virtud, no habia nunca sentido...

ELISA. Hipócrita vil! decidme: qué hicisteis de la infeliz que ántes que yo, humedeció con sus lágrimas estos sillios? qué hicisteis de vuestra esposa?

VITELLI. (*Horrorizado.*) De mi esposa!!

ELISA. Tú la asesinaste, tú, niégalo si te atreves.

VITELLI. Yo... quién es el infame calumniador que se ha atrevido á imputarme tal delito?

ELISA. Ven, lee sobre su tumba lo que está escrito, y desmientelo si puedes. (*Elisa se dirige á la tumba y lee lo siguiente escrito con la punta de un puñal.*) « Cualquiera que seas, á quien la suerte conduzca á esta mansion del delito, derrama una lágrima sobre los restos de la desgraciada Marquesa de Altizzira, víctima sacrificada por el odio y la codicia de su esposo, del conde Vitelli, señor de Rífredi.

VITELLI. Gran Dios! qué habeis leído?... Y quien pudo atreverse á poner este escrito?

ELISA. Yo.

VITELLI. Desgraciada! — Fidelio os habrá revelado ese fatal suceso?...

ELISA. (*Con sardónica sonrisa.*) Lo ves?... tú mismo te has vendido; pero te engañas, tu misma esposa, preveyendo su destino, dejó oculto un escrito dirigido á su hijo, que yo encontré en mi prision: en él le encarga el cuidado de vengarla. Fidelio ya habrá pagado tal vez el castigo de sus crímenes: tú mismo habrás hecho dar muerte á tu cómplice, al asesino de mi hija, de la inocente Maria.

VITELLI. (Ojalá fuese cierto...) Si mi mayor delito es el haberos separado por tanto tiempo de María, odiadme ménos, sed generosa, garantid mi existencia, hacedme dichoso, y os prometo volveros á vuestra hija.

ELISA (con emoci6n.) Qué habeis dicho? mi hija! es cierto? mi hija vive?...

VITELLI. Sí, vive... y mi6ntas yo dispongo un término á vuestras penas.. mi6ntas yo pido el perdon, vos cruel...

ELISA. Vitelli... vos me enga6nais... ah! por piedad no halagueis en vano el coraz6n de una madre.

VITELLI. No, la muerte de María fué un enga6no para vengarme de vuestra resistencia: ella vive, lo repito; y ya que puede reparar en algun tanto mis males, devolviendo á vuestros brazos á esa hija tan querida y que tanto habeis llorado...

ELISA. Vitelli... Seria un nuevo delito enga6nar con tan dulces esperanzas, á una pobre madre. Volvedme á mi hija, si, dejádmela estrechar contra mi pecho, y á este precio, ante este proceder generoso .. tal vez os perdone.

VITELLI (con rapidez.) Y me amaréis?

ELISA (con resolucion.) Nunca.

VITELLI. Bien; todo está cumplido. Mujer inexorable vais á ver á vuestra hija.

(Se dirige hácia la puerta.)

ELISA. Dios mio! será verdad, ó será una burla cruel?

VITELLI. (saca á Felicia. — Bajo á Elisa.) Aquí está... podeis abrazarla.

ELISA. (á Felicia.) Venid, venid, respondedme por piedad, de vuestra respuesta depende el consuelo de toda una existencia de amargura.

FELICIA. (conmovida.) Decid señora... quien sois?...

ELISA. Conservais algun objeto querido, algun recuerdo grato de vuestra niñez? una memoria tal vez de vuestros padres?

FELICIA. Esa emoci6n!

ELISA. Respondedme por Dios!

FELICIA. Solo esta cruz que nunca se ha separado de mí.

(Saca la cruz que llevaba en el segundo acto.)

ELISA. Hay en ella grabadas dos cifras?

FELICIA. Sí, miradla.

ELISA. (coje la cruz: la examina con avidéz.) Dios mio: ella es! María, abrazame, yo soy tu madre.

FELICIA. Vos, madre mia... ya no nos separaremos jamas.

(En este momento, su situacion se deja á la intelijencia de las actrices encargadas de su des- empe6o.)

VITELLI (con sarcasmo y fiereza.) Insensata! Habrias podido creer que Vitelli os hubiera reunido para siempre!... — Temblais... palideceis.... me comprendeis?... Te compadeciste acaso de mi desesperacion? despreciaste mis súplicas? desafiaste mi furor?... por qué no sigues?... He aquí á tu hija, sí, pero abrazala por última vez.

ELISA. Vitelli! Dios mio!... será posible?...

FELICIA. Ah, por piedad! no me aparteis de mi madre.

VITELLI. Todo es inútil... Hola...

(Se dirige al fondo y salen Mateo, Fidelio y dos bandidos.)

ESCENA VI.

LOS DICHS, MATEO, FIDELIO Y DOS BANDIDOS.

VITELLI. Haga cada uno su deber; separadlas. (Mateo y otro se apoderan de Elisa, Spalazzi y Fidelio de Felicia, ellas dan un grito, las separan, Vitelli contempla este momento de lucha con un gozo feroz.) (A Elisa.) He querido elevarte al colmo del placer para precipitarte en el abismo del dolor; ves aquella tumba en la cual hace pocos instantes estaba tu triunfo? allí ante tus ojos perecerá tu hija.

ELISA (cayendo de rodillas.) Ah! perdon! perdona á mi hija... si tienes sed de sangre he aquí la mia, viértela, pero no la de esa inocente, hiere, yo bendeciré tu brazo, y exalaré el último suspiro perdonándote, pero salva, salva á mi hija.

VITELLI. Ya es tarde... ejecutad mis órdenes...

(Fidelio y Spalazzi dirigen hácia el fondo con Felicia á pesar de su resistencia.)

ELISA (quiere desasirse de los que la contienen.) Ah no, deteneos... piedad... Dios mio! desprended un rayo de vuestra ira sobre ese monstruo.

FELICIA. Madre mia!...

ELISA. Hija mia...

VITELLI. Muera.

FIDELIO (con voz terrible) Tu morirás.

VITELLI. Quien... (Al volverse Vitelli, Fidelio le clava el pu6al.) Ah!... (Cae.)

(Elisa y Felicia aprovechando el momento de asombro corren á abrazarse.)

ELISA. Hija!

FELICIA. Madre mia!

MATEO (*repuesto un momento.*) Compañeros..

FIDELIO. (*pasa al lado de las mugeres y presenta dos pistolas á Mateo y á los dos bandidos.*) Si quieres vivir, detente, para llegar á ellas es preciso pasar por encima del cadáver de Carlos.

(*Toda esta escena pasa con la mayor rapidez.*)

ELISA. Esa voz!

MATEO. Tú Carlos! tú eres el traidor que nos ha vendido?

FIDELIO. Refrena tu lengua, y escúchame: nunca pensé en haceros traicion: mi sola, mi firme idea, desde el momento en que supe que vivian estas dos inocentes, fuè el salvarlas ó perecer con ellas. Ahora he conseguido mi objeto librándolas de su cruel enemigo: poco me importa la vida, pero sabré venderla muy cara al primero que se atreva á dar un solo paso. Si Carlos hubiera querido entregarnos en poder de la justicia, ántes de salir Vitelli de Florencia, lo hubiera podido hacer impunemente; pero he respetado nuestro juramento.

MATEO. Pero puedes vendernos si sales libre de aqui... no, compañeros, muera el traidor.

LOS TRES. Muera...

FIDELIO. Ay del que dé un solo paso!

(*Mientras Mateo y los suyos van á echarse sobre Fidelio, cae hecha pedazos la puerta del fondo y entran San German, Justiniani y aldeanos armados.*)

SAN GERMAN. Atras canalla.

ELISA. Esa voz!... qué veo! si, Eduardo,

SAN GERMAN. Elisa!

ELISA. María, abraza á tu padre.

SAN GERMAN. María, hija mia!

FELICIA. Padre mio! (*Con viveza.*)

SAN GERMAN. Dios mio, yo te doy gracias.

JUSTINIANI. Hemos llegado á tiempo.

SAN GERMAN. Oh momento que compensa todos mis pasados tormentos!

ELISA. (*Por Fidelio.*) Da las gracias á ese hombre generoso, él nos ha librado de ese infeliz.

SAN GERMAN. Muerto!

ELISA. Si; á él debes el placer de abrazarnos y de que tu hija no haya sido inmolada.

SAN GERMAN. Vos habeis sido el que... (*Reconociéndole.*) pero qué veo... no, no me engaño... Fidelio!...

FIDELIO. (*Se arrodilla.*) Si, Fidelio que se arroja á vuestros piés arrepentido, con el corazón acosado por los remordimientos, despues de quince años de una vida miserable, pasada entre bandidos; Fidelio que tomó el nombre de Carlos para detener el puñal de Vitelli y que morirá justamente castigado si acaso vuestro corazón en medio de tanta felicidad, no quiere perdonarle: he aquí mi pecho, herid.

(*Los aldeanos retiran el cadáver.*)

JUSTINIANI. Al arrepentimiento de Fidelio debeis vuestra dicha: sin su carta, sin su valor todo hubiera sido inútil.

FELICIA. Padre mio, perdonad á nuestro salvador.

SAN GERMAN. Levántate, desgraciado, y si tu arrepentimiento es puro, yo te proporcionaré medios para vivir feliz y tranquilo lejos de estos países... Eduardo te perdona.

FIDELIO. (*Besándole la mano.*) Ah, señor! mi agradecimiento...

SAN GERMAN. Basta, Fidelio. Salgamos de estos sitios morada del crimen... (*Al dirigirse al fondo retrocede.*) — Alfredo aquí!

JUSTINIANI. Puesto que la justicia de Dios ha caido sobre el culpable, que ignore por ahora el hijo la muerte de su padre.

(*Justiniani se dirige á recibir á Alfredo.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y ALFREDO.

ALFREDO. Ah! señor Conde... y mi padre? en vano le he buscado por todo el castillo.... dónde está?

JUSTINIANI. Léjos de aquí.. Alfredo, compadécele y perdónale. Todos aquí son ya felices.

ALFREDO. Ha partido! pues bien le buscaré, yo debo seguirle.

JUSTINIANI. No, hijo mio, no puedes, no debes; respeta los mandatos del cielo, ellos te lo impiden.

FELICIA. (*Bajo á su padre.*) Ah! padre mio, compadecedle.

SAN GERMAN. Sí, Maria, es muy digno de compasion... Ven, virtuoso amigo, y si en un instante de delirio pude ofenderte, sean mis brazos la señal de nuestra reconciliacion.

ALFREDO. Ah! (*Se abrazan.*)

FELICIA. Una sola persona falta á nuestra felicidad.

JUSTINIANI. Sí, la Marquésa.

FELICIA. Mi madre adoptiva ! (*Se dirige á la puerta donde está.*) Venid , señora ; ved á mis padres.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y LA MARQUESA.

MARQUESA. Tus padres ?..

ELISA. (*Dirigiéndose á la Marquesa.*) Ser piadoso que hiciste las veces de madre á mi hija , yo os ofrezco mis brazos , y si no me creéis indigna de los vuestros...

MARQUESA. Tomadlos , señora....

(*Se abrazan.*)

SAN GERMAN. Si os dignais aceptar mi casa , viviréis con nosotros y seguiréis siendo siempre la segunda madre de María.

FELICIA. Y yo seré para vos vuestra hija.

MARQUESA. (*Abrazándola.*) Sí , virtuosa jó-

ven , tú serás el consuelo de mis últimos dias

SAN GERMAN. (*Sorprende una mirada de inteligencia entre Alfredo y su hija.*) (Que sean felices.) Alfredo , vuestro padre al partir renunció á todo ; dentro de algun tiempo Felicia será vuestra esposa.

FELICIA. Padre mio !

ALFREDO. (*Cayendo de rodillas.*) Señor...

(*Felicia y Alfredo á la izquierda. La Marquesa , San German y Elisa á la derecha. El conde Justiniani ocupa el centro de la escena.*)

JUSTINIANI. Sí , virtuosos seres , el cielo oyó vuestros votos... (*Cogiendo á Alfredo.*) Alfredo , hijo mio , respeta los arcanos que emanan de allí ; (*Señalando el cielo.*) dirige tus ruegos al Eterno para conseguir el perdón del autor de tus dias , y tranquiliza tu espíritu en el seno de tu nueva familia , y en los brazos de la amistad.

FIN DEL DRAMA.

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO , quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino , sociedades , liceos , etc. , con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representación, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de Febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representación, incluso el abono. El máximo de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad. *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino de 7 de Febrero de 1849*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

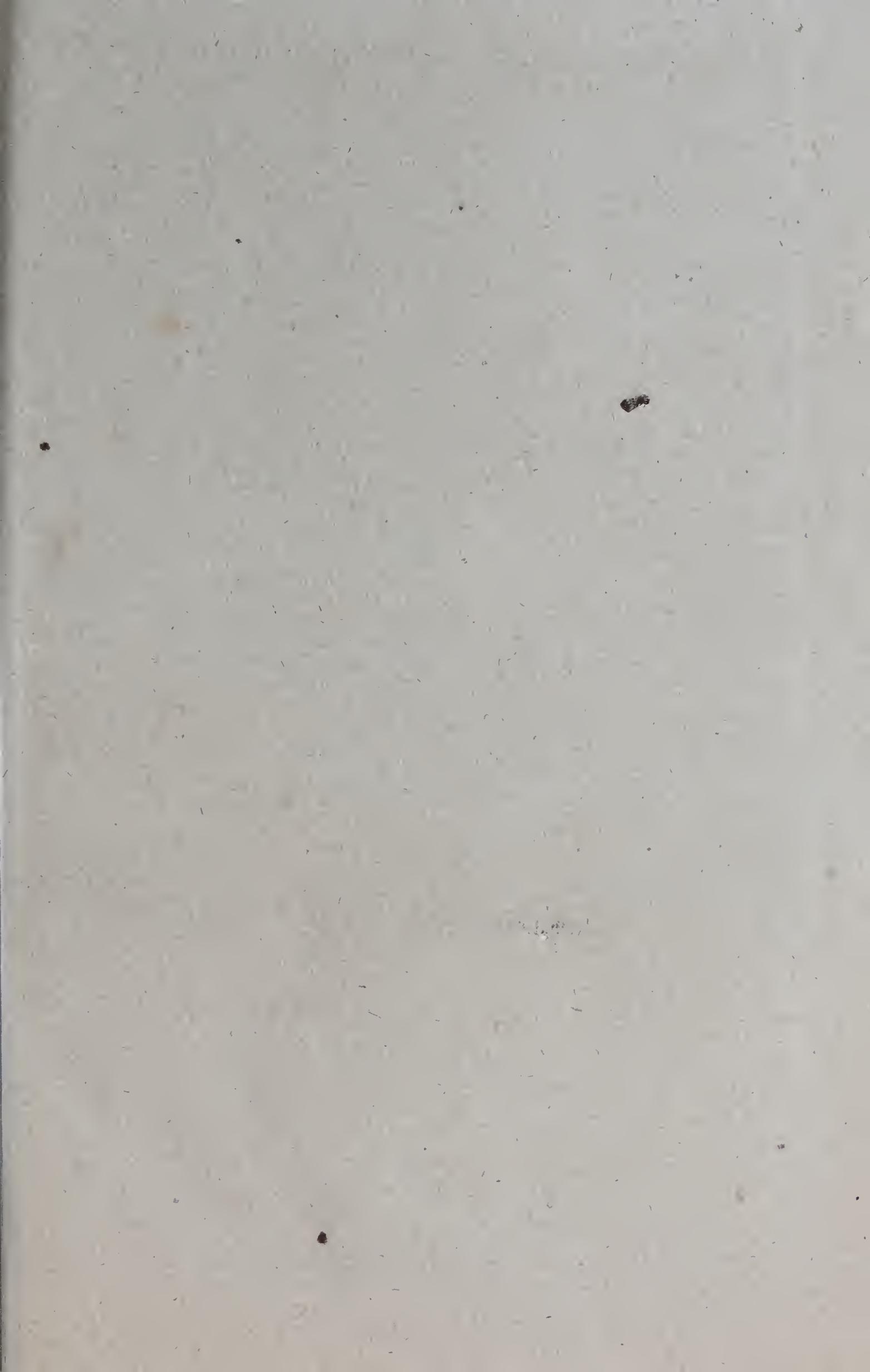
«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.^a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público, respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847. art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese además cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*



Obras dramáticas publicadas en las **JOYAS DEL TEATRO** y representadas con éxito.

TÍTULOS.	AUTORES.	ACTOS.	TÍTULOS.	AUTORES.	ACTOS.
Adriana Lecouvreur.	Scribe.	5	ljs.	Muñoz.	1
Amarguras de la vida.	Orihuela.	5	Es un loco.	Id.	1
Carlos VII.	Balaguer.	5	El Genio contra el Poder.	Rétes.	4
Conde Ministro y lacayo.	Rétes.	4	Francisco el Inclusero.	Jorge Sand.	3
Corona y tumba.	Muñoz.	3	Julieta y Romeo.	Balaguer.	3
De Cocinero á Ministro.	Balaguer.	1	La Carta perdida.	Parreño.	1
Dieguiyo pata de Anafe.	Orihuela.	1	La Condesa de Portugal.	Borao.	3
D. Lopede Vega Carpio.	Muñoz.	3	La Última conquista.	Valladares.	2
Dos Pelucas y dos pares de anteojos.	Muñoz.	1	Las Cuatro barras de Sangre.	Alba y Balaguer.	4
El Castellano de Tamarit.	Morera.	4	Los Espósitos del puente de Nuestra Señora.	Bourgeois y Masson.	6
El Sereno de Glukstadt.	Rétes.	3	Los Estudiantes.	Soulié.	4
En 1830.	Balaguer.	3	Los Libertinos de Ginebra.	Fournier.	9
El Arenal de Sevilla.	Lope de Vega.	3	Los Quid-pro-quoos.	Mañé y Catalina.	1
El Juego de ajedrez.	Muñoz.	4	Los Siete Castillos del diablo.	Gonzalez.	4
El Sacrificio de una madre.	Bueno.	5	Maria ó la hija de un jornalero.	N. N.	4
El Caballero d' Harmental.	Dumas.	4	Matilde ó la mujer del Gran Mundo.	Sue.	5
El Castillo del diablo.	Sue.	6	Me he comido á mi amigo.	Muñoz.	1
El Conde de Montecristo. 1. ^a parte.	Rétes.	4	Nuestra Señora de Paris.	Id.	6
Id.. 2. ^a id.	Balaguer.	4	Quebrantos de amor.	Rétes.	4
Id. (Refundidas las dos partes en una.)	Rétes y Balaguer.	4	Travesuras de Chalamel.	Muñoz.	3
El Cardenal es el rey.	Bravo.	5	Un Corazon de mujer.	Balaguer.	3
El Conde Herman.	Dumas.	5	Un Viernes.	Bouchardy.	1
El Subterráneo del Castillo Negro.	Parreño.	5	Una tempestad dentro de un vaso de agua.	Muñoz.	1
El hijo del Diablo.	Orellana.	8	Vifredo el Velloso.	Balaguer y Alba.	4
El Judío errante.	Malibrán.	5			
El Libro negro.	Gozlan.	6			
En el dote está el busi-					

Obras dramáticas propiedad del editor y próximas á publicarse.

Urbano Grandier.
La Duquesa ó La Soberbia.
Carlos V en el monasterio.
Carlota Gorday.

El Alquimista.
Heloisa y Abelardo.
La Escuela de las familias.
La Fé, la Esperanza y la Caridad.

Y muchísimas otras que se irán anunciando conforme se vayan imprimiendo.

PRECIO.

Las producciones en un acto. 2 rs.
Las de dos ó mas actos. 4 rs.